

Desde Washington

Política del fin del Mundo

POR LORENZO MEYER

EN los últimos 17 años he pasado más de cinco en Estados Unidos e Inglaterra como estudiante, profesor e investigador. Ingenuamente creí que por este hecho ya podía considerar que había superado el shock cultural que sufren casi siempre quienes se aventuran a vivir fuera del terruño. Para mi sorpresa, he descubierto que fuera de Cuautitlán aún hay cosas que no entiendo, sobre todo en el campo de lo político-religioso. Una cultura cívica como la mexicana me ha dejado casi desarmado para enfrentar la formidable carga que tiene la religión en la vida política anglosajona.

★

LO anterior viene al caso porque simplemente me quedé en blanco cuando en el último debate entre el Presidente Reagan y el ex vicepresidente Mondale, el primero —en respuesta a una pregunta— aseguró que por lo que respecta a la "filosofía" de Argamedón no estaba en posibilidad de saber si éste ocurriría pasado mañana o dentro de mil años y que por lo tanto nunca había considerado seriamente preparar a Estados Unidos para ese momento.

Pero ¿de qué estaba hablando el Presidente? Por el contexto deduje que se refería a un conflicto nuclear con la Unión Soviética, pero nada más. Así que decidí averiguar con mis colegas académicos estadounidenses de qué se trataba. Después de algunas pláticas sobre el tema y de leer un par de artículos, creo entender a qué se refirió Reagan... y no me gustó nada.

De acuerdo con la versión de una corriente protestante fundamentalista, a la Biblia hay que tomarla

al pie de la letra, de ahí que considere que las profecías que contiene son descripciones más o menos exactas de lo que va a ocurrir. En el Antiguo Testamento, en El Libro de Daniel, y en el Nuevo Testamento, en las profecías de San Juan, se afirma que el fin de los tiempos tendrá lugar en medio de una gran batalla, la batalla de Argamedón, un lugar situado entre el Mediterráneo y el

mar de Galilea. Está dicho que en este terrible final, las ciudades serán destruidas, las islas borradas y las montañas desvanecidas.

Para quienes ven en esto la descripción exacta del fin del mundo, es relativamente fácil concluir que estas imágenes bélicas corresponden con bastante fidelidad a la destrucción que puede causar en la actualidad una guerra atómica. Dada la inestabilidad constante en el Oriente Cercano, tampoco les puede extrañar que en algún momento Estados Unidos y la Unión Soviética inicien su confrontación final precisamente ahí, en Argamedón.

★

AHORA bien, quienes esperan que el fin del mundo llegue en esta forma, realmente no están muy alarmados, pues la batalla final será el resultado del gran choque entre los justos y los pecadores, entre el bien y el mal, o sea, entre Estados Unidos (el imperio del bien) y la Unión Soviética (el imperio del mal). El mal desaparecerá en medio del fuego atómico... pero no el bien. Tras la batalla y su horror, el reino de Dios se establecerá sobre la Tierra y el pecado desaparecerá. Los elegidos de entre los justos —pues éstos sobrevivirán—, podrán disfrutar entonces de la presencia de Dios. Para quien así piensa, tal resultado bien vale una guerra atómica.

En mi opinión, mientras quienes sostengan este punto de vista sean simplemente individuos que se encuentren al margen de la sociedad, es decir, sin poder sobre los grandes medios modernos de destrucción, no hay mayor peligro. Pero todo cambia si resulta que el comandante en jefe de una de las dos grandes potencias atómicas —el Presidente Reagan— considera, aunque sea por un momento, que los textos bíblicos no son meras formas poéticas de referirse a los grandes temas humanos, sino descripciones objetivas de la realidad por venir. En el debate, Reagan simplemente dijo no saber cuándo tendría lugar el gran conflicto del fin del mundo, pero no negó de una manera abierta y contundente el valor de esta "profecía". Es más, en 1980 en un programa de televisión, Reagan comentó que: "Es posible que nosotros seamos la generación que

SIGUE EN LA PAGINA NUEVE

Desde Washington.- Política del fin del Mundo

Sigue de la página siete

vea el Argamedón". El año pasado, volviendo sobre el mismo asunto, dijo a Thomas Dine: "Esas profecías (las del Argamedón)... ciertamente describen los tiempos en que vivimos".

Como ciudadano común y corriente, Reagan puede creer lo que le venga en gana, pero como comandante en jefe del ejército estadounidense, la posibilidad,

por pequeña que sea, de que considere que estas profecías se refieren al mundo real representa un problema muy serio para todos nosotros. La "filosofía" del Argamedón puede llevar a considerar que la guerra atómica se puede ganar porque Dios así lo tiene previsto, sin importar que la evidencia empírica nos diga que en tal circunstancia la destrucción será de una magnitud tal que simplemente no puede pensarse en vencedores sino

exclusivamente en vencidos. El manejo del arsenal atómico que han creado la Unión Soviética y Estados Unidos requiere de los líderes de ambos países un compromiso tan firme como Gibraltar, de que lo único que se puede hacer con él es no usarlo, independientemente de lo que haya dicho San Juan, Marx o quien sea.

La historia nos muestra hasta el cansancio que las acciones de aquellos que tienen en sus manos el po-

der político y a la vez se consideran portadores de la verdad —sea ésta resultado de la revelación divina o de las "leyes de la historia"— terminan en la intolerancia y con frecuencia en la quema de los herejes o la purga de los desviacionistas. El tener como guía de la acción del Estado el dogma puede conducir al

camino transitado por el ayatola Jomeini o por Pol Pot. Yo realmente me sentiría más tranquilo si la política estadounidense tuviera un menor contenido religioso, o si por lo menos el 6 de noviembre ganará las elecciones Mondale, pero no se necesita ser profeta para saber que esto último no ocurrirá.